



Boletín Oficial

DEL

Obispado de Osma

Año XLIV. 30 DE NOVIEMBRE DE 1923. Núm. XXII.

-XXI-

SUMARIO: Viaje del Ilmo. y Rvdmo. Prelado. — Circular de S. Sria. Ilma. y Rvdma. con ocasión de los hermosísimos discursos de S. M. el Rey, D. Alfonso XIII, y de S. S. el Papa Pío XI. — Discurso de S. M. el Rey. — Id. del Romano Pontífice. — Anuncio de Bendición Papal concedida por el Santo Padre a todos cuantos tengan Cura de almas, a petición de S. M. el Rey (q. D. g.). — Id. en la S. I. Catedral por nuestro Ilmo. y Reverendísimo Prelado. — Tabla de sermones en la S. I. Catedral durante el año eclesiástico de 1923-1924.

Viaje del Ilmo. Prelado

Con el fin de asistir a la solemne bendición de un grandioso órgano para la Iglesia de Usurbil (Guipúzcoa) donde ejerció el cargo de Coadjutor, ha salido para dicho punto nuestro amadísimo Prelado, acompañado de su Capellán D. Angel F. de Viana.

OBISPADO DE OSMA

Circular del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo con ocasión de los magníficos discursos de S. M. el Rey D. Alfonso XIII y S. S. el Papa Pío XI

Nunca como hoy, Venerables Sacerdotes y amadísimos Hijos, al dirigiros Nuestras Pastorales exhortaciones, hemos tomado la pluma en Nuestras manos con más viva satisfacción ni más santo regocijo. Tan íntimo es nuestro júbilo y tan sentido nuestro gozo, que bien pudiéramos deciros que la presente Circular no tiene otro propósito que el de haceros a todos vosotros partícipes de estos secretos y suavísimos consuelos que por modo tan hondo y placentero Nos han conmovido, cuando una y otra vez hemos leído y releído los cálidos, y valientes y cristianísimos párrafos del soberano y magnífico discurso pronunciado por nuestro piadosísimo Rey y católico Monarca, D. Alfonso XIII (q. D. g.), ante la presencia augusta del Supremo Jerarca de la Iglesia, y cuando hemos saboreado con filial veneración y fruición escondida del alma la contestación paternal y bondadosísima de nuestro Santísimo Padre, el Papa Pío XI, rodeado como de brillante corona del deslumbrante esplendor de la Corte Pontificia.

¡Oh! Qué espectáculo más sublime y grandioso se ofrece a la imaginación y a la fe de los buenos cristianos, de los verdaderos creyentes!

¿Cuándo en el decurso de las Centurias han presenciado las logias Vaticanas momentos más solemnes; ni cuándo han resonado en el silencio augusto de la mansión de los Papas palabras tan inceras de amor filial y respetuosa veneración a la Cátedra de Roma, ni acentos tan viriles en defensa de la Religión de Cristo, como los que, nacidos del corazón, brotaron de labios de S. M. Católica, nuestro Rey amadísimo? Necesario sería retroceder a los tiempos de las grandes

Cruzadas del Oriente, para rememorar algo que se asemeje en solemnidad y transcendencia al españolísimo gesto realizado a la faz del mundo por nuestro gloriosísimo Rey en el Salón del Trono del Palacio Pontificio, el día para siempre memorable de 19 de noviembre de 1923.

De una parte, el Obispo de los Obispos; el Sucesor de Pedro; el Vicario de Jesucristo; el Soberano espiritual del Universo; el único Rey del mundo que tiene asegurada la perpetuidad de su trono hasta la consumación de los siglos, rodeado de la Corte de Cardenales, que en la púrpura de sus vestiduras reflejan los efluvios de caridad y de amor que alientan en el corazón del Padre común de todos los fieles...; y de otra, la marcial y apuesta figura de nuestro Rey caballeroso, acompañado de la Reina, su gentil y caritativa Consorte, del Jefe del Gobierno español, prez insigne de nuestro glorioso ejército, y de nobles patricios e hidalgos compatriotas nuestros, que corroboran y refrendan la solemne profesión de fe, que hace la España Católica por boca de su Rey, que pone a los pies del Trono Pontificio los latidos y quererres de veintidos millones de españoles, que por serlo declaran su fe Católica, Apostólica, Romana.

Porque tiene también esta significación, Amadísimos Diocesanos, y en esto se cifra sin duda su mayor y singularísima importancia, el discurso de nuestro Católico Monarca. Porque no necesitaba S. M. el Rey D. Alfonso XIII, dar esta prueba personal de fe católica y de su inquebrantable adhesión a la Cátedra de Roma.

Pues ¿Quién podía dudar un momento de la sólida piedad y arraigadas creencias de un Rey educado santamente por una madre cristianísima y fervorosísima creyente? quién se hubiera atrevido a poner en tela de juicio los católicos sentimientos y fervientes anhelos por la gloria de Dios y expansión de la Iglesia, de un Monarca que paseó en triunfo indescriptible a Jesús

Sacramentado por las calles de su Corte; que le recibió, doblada la rodilla y humillada su frente, en la Capilla de su Real Mansión, y que, venciendo ocultas y solapadas resistencias, unió sus alientos y sus aplausos y los latidos todos de su corazón a los aplausos y a los alientos de la España eucarística que rendía tributo de adoración y de amor al Dios de los Altares ante los soberbios ventanales del magnífico Alcázar de su Rey? ¿Acaso no resuenan aún, gratísimos a los oídos de todos los buenos españoles, los acentos vibrantes de aquella hermosísima oración con que un día consagrara España entera al Sacratísimo Corazón de Jesús en el Corro de los Ángeles?

Pero era preciso deshacer el pernicioso equívoco de unos hombres que, insinceros o equivocados, desde las alturas del gobierno habían dado a entender, con su política taimada o cobarde, que una gran parte de la nación española había hecho traición a la fe de sus mayores. Era preciso que se supiese que la España del siglo XX quiere continuar las gloriosas tradiciones de sus siglos de oro. Era preciso proclamar muy alto que se equivocaban o mentían cuantos procuraron presentarnos divorciados de la Cátedra de Roma o menos fuertemente unidos al Vicario de Jesucristo, y todo esto lo ha hecho S. M. el Rey D. Alfonso XIII (q. D. g.), declarando sin ambages, de una manera pública y solemne, las creencias, la religiosidad, la fe de su pueblo, de la Nación española, celosa siempre del honor de Dios, heraldo de la Cruz salvadora de Cristo y gonfaloniera del Pontificado y de la Iglesia. Añadid a esto, amadísimos Hijos, el valor ético que entrañan las palabras de nuestro amado Soberano, animando la fe de los débiles, desterrando el vano temor de los respetos humanos de los cobardes y apocados, confirmando a los decididos y animosos en la proclamación y defensa de los ideales católicos, y tendréis una imagen aproximada de aquella escena gran-

diosa y emocionante, conmovedora y sublime que habrá de escribirse con letras de oro en la página más hermosa de la historia brillantísima de la Iglesia y de España; os habréis formado una idea, siquiera lejana, que os permita rastrear la importancia y trascendencia: unas de aquel momento solemne, que con vivas ansias del alma. Nós hubiéramos deseado contemplar por nuestros propios ojos.

Mas ya que no Nos ha cabido el consuelo inefable de esta dicha, os diremos repitiendo una frase memorable: «*Tolle et lege*» Tomad y leed el soberano discurso de vuestro Rey; gravad hondamente en vuestros corazones los nobles, ¡levantados y cristianos sentimientos que le animan; esculpidlo en la memoria, si es posible, y que sus enseñanzas os sirvan de guía y de sostén en las luchas de la vida, aprendiendo a despreciar los respetos humanos que envilecen, y a dar la cara en defensa de la religión de Cristo, que ennoblece, sublima y glorifica. Empapad luego Vuestras mentes en el levantado y emocionante discurso de contestación de nuestro Santísimo Padre y os sentiréis conmovidos por aquel paternal abrazo con que nos estrechó a todos contra su pecho en la persona de nuestro Rey, augurándonos, si permanecemos y continuamos en la fe de nuestros padres, «toda la gracia y los dones de paz, unidad, prosperidad y gloria.

Quiera el Señor colmar los ardientes votos del Santo Padre, haciéndonos dignos por la fé y por las obras de que descienda sobre todos y siempre permanezca la eficacia de sus celestiales bendiciones, y prenda segura de ellas sea la que Nos os damos en el nombre † del Padre, † del Hijo, y † del Espíritu Santo.

Burgo de Osma, 22 de Noviembre de 1923.

†MATEO, OBISPO DE OSMA.

Léanse en la forma acostumbrada en todas las parroquias de Nuestra Diócesis la presente Circular y los discursos de S. Majestad el Rey, D. Alfonso XIII y de S. S. el Papa, Pío XI (q. D. g.)

Discurso de S. M. el Rey

«Santísimo Padre:

Con vivas ansias he deseado, Santísimo Padre, que llegara este instante feliz en que acompañado de la Reina, a quien poco ha concedísteis la distinción singularísima de la Rosa de Oro, había de presentar ante el Solio Pontificio el homenaje de mi sincero afecto, de mi filial veneración, al que se unen, en compenetración íntima, la familia real, mi Gobierno y mi pueblo.

La acogida que en estos momentos me dispensáis, más que bondadosa, paternal, con suntuosidad y esplendor nunca igualados, por ser el primer Monarca español que en decurso de las centurias visita al Vicegerente de Dios en la tierra, conmueve hondamente mi alma, sin que acierten mis labios a encontrar frases que dignamente expresen mi fervorosa gratitud.

Estas distinciones las recibe un Soberano, que juzga como su mayor timbre de honor llevar el título de católico, concedido por un antecesor vuestro a uno de mis preclaros predecesores; un Soberano que se gloria en serlo del pueblo español; de ese pueblo, que sin que ninguno le haya aventajado en grandeza en los fastos de la humanidad, por su adhesión nunca entibiada a la Santa Sede, es el primero en los anales de la Iglesia Católica.

Circula a torrentes, Santísimo Padre, por la Historia española la savia de la fe; si la Cruz de Cristo dejara de sombrear nuestro territorio nacional, España dejaría de ser España.

La predicación del Apóstol Santiago y la aparición de la Virgen en el Pilar de Zaragoza, hacen ya de mi pueblo el predilecto de la Providencia; la fusión de todas las razas desparadas por el solar hispano bajo el cetro de Recaredo, teñido en la sangre de un mártir, augura ya la misión que desempeñará mi pueblo en la Historia: la de ser el soldado de la Religión, la de ser el defensor indefectible de la Iglesia Católica.

Por eso, cuando los sectarios de Mahoma se derraman por nuestra península, en batallas de gigantes, en continuo jadeo de siete siglos, nuestros padres sirven de dique a aquel turbión de barbarie que amenazaba a Europa, y con Europa a la Iglesia de Jesucristo, arrojando de nuevo a los hijos del Islam a sus desiertos africanos. Y no satisfechos todavía con haber reali-

zados sólo la Reconquista, la Cruzada de Occidente, nuestros guerreros cierran con broche de oro las cruzadas orientales, sepultando en las aguas de Lepanto, allí donde flotan unidas las banderas del Pontificado con las banderas españolas, la Media Luna, que amenazaba convertir el Mediterráneo en un lago musulmán. Y en defensa de la Región contra los sectarios de Lutero, corren nuestros Tercios a las dunas de Flandes y a las orillas del Elba, como antes contra los árabes habían ido a Alarcos, y a Las Navas, y al Salado y a Granada, aquellos caballeros de epopeya, corderos al tañido de la campana que llama a la oración, leones al sonido del clarín que convoca a la pelea, que constituyen las Ordenes religioso-militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa, cuyas veneras, como Gran Maestro, por delegación apostólica, ostento con confianza sobre mi pecho, como escapularios de mis creencias, como pregon de mi arraigada fe.

Rehecha la unidad nacional bajo los augustos Monarcas católicos, Fernando e Isabel, Dios confía a España la misión de completar con sus descubrimientos la geografía del orbe; y las carabelas de Colón, en cuyos mástiles ondea la enseña española, surcan mares desconocidos y hacen surgir de entre las ondas el Continente americano; y un navío aprisiona por vez primera con estela de espuma, que es estela de gloria, al planeta, navío que sale de puertos españoles y por piloto lleva al legendario Elcano. Y para gloria de la Religión y grandeza de la Patria, nuestras Universidades con sus enseñanzas, y nuestros artistas con su genio, y nuestros Códigos con sus cristianas disposiciones, y nuestros mártires con su sangre, y nuestros misioneros llevando el Evangelio a las más apartadas latitudes, y nuestros teólogos, asombro en Trento por su ciencia, y nuestros místicos haciendo hablar a nuestro idioma el lenguaje de los ángeles, y nuestro pueblo con sus costumbres y sus tradiciones de honda raigambre secular, están pregonando a través de los siglos, que todos los ideales, todas las grandezas, todas las glorias de España han brotado de la tierra bendita, integrada a la vez por el patriotismo y por la Religión: porque nuestros soldados y nuestros misioneros, y nuestros descubridores, y nuestros navegantes, y nuestros Reyes, tan numerosos que superan a las arenas del desierto, tan esclarecidos que han dejado un reguero de luz en los anales de la humani-

dad, jamás enarbolaron la bandera de España, sin que estuviera rematada por la Cruz; y al descubrir el Nuevo Mundo y crear veinte naciones en el Continente americano, en el pecho de aquellas naciones encendieron la fe de Cristo, aun antes de poner en sus labios la gallarda lengua de Cervantes.

No se ha entibiado la fe de mi pueblo, Santo Padre; no se ha disminuído un ápice, la que desde mi niñez, fruto de las maternas enseñanzas, arde en mi corazón; pregonándolo está la consagración, que en el Cerro de los Angeles, con aplauso de todos mis súbditos y la presencia de mi Gobierno, hice de España al Corazón Sacratísimo de Jesús.

Al llegar hoy ante Vos, Santísimo Padre, a rendirle el testimonio de Mi inquebrantable adhesión, intérprete de los anhelos de mi pueblo todo, vívamente deseo que esta visita sea piedra miliaria desde la cual se acentúe, si posible fuera, el amor de España para con la Sede Apostólica, la bondad de la Sede Apostólica para con España. A vuestra santidad acudo, para que con sus exhortaciones, de autoridad indiscutible y siempre acatadas por los católicos españoles, se logre dentro del justo amor de cada uno a su región respectiva, el bién común de todas las regiones, fundidas en la unidad suprema de la madre España; ante Vos He de hacer también memoria de los títulos y privilegios que por sus servicios a la Iglesia recibieron de la Santa Sede, mis predecesores en tierras infieles, especialmente en aquella comarca donde se cumplió la Redención del hombre y nació y murió Nuestro Señor Jesucristo; y no he de omitir tampoco la satisfacción efusiva con que contemplaría, formando en la *Guardia Noble* de Vuestra Santidad, a caballeros españoles, nobles entre los nobles, fieles entre los fieles, ni con qué gratitud Me enorgullecería, si, cuando surjan intereses encontrados entre las naciones, ningún pueblo aventajara en la predilección de la Sede Apostólica al pueblo español; ni cómo había de agradecer que se extremara, si todavía pudiera extremarse, la benevolencia de la Santa Sede en la designación de cargos y personas hecha por el regio Patronato, deseoso del bien de la Patria, pero promovedor celosísimo también del honor de la Iglesia española. Y como ruego, donde pongo mi corazón y con el cual creo recoger los anhelos todos de la raza, a impetrar me atrevo de Vuestra Santidad que el mundo americano, que forma casi un tercio de los católicos

del orbe, tuviera representación más numerosa en el Sacro Colegio; petición que hago, Santísimo Padre, en este lugar, uno de los más augustos de la tierra, para proclamar las aspiración vehementísima de España de fundirse en apretado abrazo de cariño con las que antes fueron sus colonias del Nuevo Mundo, para que unidos los españoles todos, los de allende, y los de aquende el Océano, la raza hispano americana llegue al cenit de la grandeza que en el mundo le corresponde, por haber sido la propulsora de los más altos ideales de la humanidad y por haber cobijado todas sus glorias bajo los brazos redentores de la Cruz.

Y al desear, Santísimo Padre, que mientras seáis el piloto de la nave de San Pedro, la paz, hija del Cielo, reine en la tierra, y desaparezcan los obstáculos que la política, la herejía y la incredulidad han opuesto al avance triunfal de nuestra Religión, y se dilaten las jerarquías eclesiásticas por toda la redondez del Planeta, y en el mundo no haya sino un sólo rebaño y un pastor sólo; al pedir con todo rendimiento, como Os pido, Vuestra bendición paternal para España, Mi Real Familia y el valiente, Ejército que en Africa lucha por implantar la justicia y la civilización, solemnemente Os prometemos, Santo Padre, que si un día, en cumplimiento de la divisa que según San Malaquías corresponde a vuestro pontificado—*fides intrepida*—la fe exigiera de los católicos los mayores sacrificios, no regatearían los españoles ninguna clase de sacrificios; y si en defensa de la fe perseguida, nuevo Urbano II, levantárais una cruzada contra los enemigos de nuestra Sacrosanta Religión, España y su Rey, fidelísimos a vuestros mandatos, jamás desertarían del puesto de honor que sus gloriosas tradiciones les señalan; por el triunfo y por la gloria de la Cruz, que junto con ser bandera de la Fe, es también bandera de la Paz, de la Justicia, de la Civilización y del Progreso.

Al terminar el discurso, Su Santidad abraza a nuestro Rey en medio de general emoción. Luego Alfonso XIII se inclina ante el Pontífice y va al trono donde se sienta a la derecha de la Reina; colocándose de pié al lado de los Reyes, el General Primo de Rivera

**Discurso de Su Santidad el Papa en contestación
al Real Mensaje de Su Majestad Católica.**

«Bien venidos seáis, augustos y amadísimos hijos nuestros. Nos es muy grato y muy gustoso dirigiros estas palabras aquí en Roma, cuando aún resuenan los ecos de los solemnes actos con que honramos el centenario de aquellos grandes santos vuestros; que responden a los nombres de Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Teresa de Jesús, y que ya por sí solos bastarían para honrar a un gran pueblo. También por Nós, agosto y bien amado hijo, era vivamente deseada esta hora que ha sonado tan dichosa y tan alegre como solemne.

Doble alegría sentimos al ver a vuestro lado, saludándola y bendiciéndola al mismo tiempo que a vos, a la augusta compañera vuestra, a la graciosa Reina a quien enviamos nuestra Rosa de Oro, hecho que vuestra majestad, con filial gentileza, ha querido recordar; y que venía a significar precisamente cuán especial benevolencia le reserva nuestro corazón de padre.

El hecho de que vos, con sentimiento y palabra dignos de vuestro grande y santo predecesor Fernando el Católico, os preciéis de este título, verdaderamente glorioso, y os enorgullezcáis, al ser Soberano de un pueblo a quien ninguno ha superado, como es verdad que ninguno le superó en su adhesión a la Iglesia católica y a esta Santa Sede, a quien vos, al mismo tiempo que vuestro pueblo, os ofrecéis con fe y con ardor, como cruzados verdaderos para la defensa de la Santa causa de Dios y de su Iglesia, todo esto Nos conmueve con una emoción tan sentida y profunda como alegre y consoladora.

Ni un solo instante podemos tardar en responderos que Nós no Nos gloriamos menos ni estamos menos orgullosos, paternalmente orgullosos, de contar en la inmensa familia que Dios, en los benditos arcanos de su misericordia y de su consejo, se dignara confiar a nuestro corazón y a nuestra solicitud, con un soberano tan noble caballero de Dios y de su Iglesia y con un pueblo tan constantemente, más aún, tan heroicamente fiel. A aquel pueblo que tan antiguo e innato heroísmo desplegó ya en los días lejanos de Viriato, Numancia y Sagunto, que renovaba y consagraba con la sangre de Fructuoso, Paciano, Hermenegildo, Eulogio, Alvaro y tantos otros gloriosos mártires de la fe católica; como más tarde en las santas batallas de la

reconquista, y después de nuevo en las orillas del Elba y en Lepanto, y también en la epopeya de aquellas navegaciones que tan vastos campos de benéficas y pacíficas conquistas abrían a la fe católica en el Nuevo Mundo y en muchas partes del mundo viejo.

Y es este pueblo aquel en donde tanto esplendor de cristiana santidad, de arte y de ciencia sacra encendieron Dámaso, Prudencio, Facundo, Ildefonso, Isidoro, Leandro, Teresa de Jesús, Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Juan de la Cruz, Juan de Dios, Pedro de Alcántara y otros innumerables; una multitud de gigantes del espíritu, que vertían amplios ríos de luz y de ciencia en Alcalá de Henares y en Salamanca.

Al enumerar, aunque fragmentaria y fugazmente, tantas magníficas cosas, Nós parece entender mejor cómo y por qué tan privilegiados y envidiables favores y sonrisas os ha concedido siempre y os concede aún la Reina del Cielo en Zaragoza, en Monserrat; cómo y por qué una veneranda tradición os une tan estrechamente en relaciones gloriosas al Apóstol Santiago; cómo y por qué una página, divinamente inspirada, revela con cuánto deseo anhelaba estar entre vosotros el Apóstol de las gentes, 'deseo que le ponía en los labios y el corazón el hermoso nombre de España. y que fué realizado, según nos asegura Clemente, mientras Inocencio I con toda seguridad atestigua que para fundar vuestras primeras iglesias, desde Roma envió sus misioneros el mismo Príncipe de los Apóstoles.

Es deciros con cuánta y con qué complacencia de nuestro corazón paternal os hemos seguido mientras en un vuelo sublime pasabáis rápida y fulgurante revista de las glorias católicas y patrióticas de vuestro nobilísimo pueblo, de vuestra, y también nuestra, digamos mejor a un tiempo, vuestra y nuestra católica y fidelísima y magnífica España. Es deciros también, con cuánta cordialidad, con cuánto ardor, anhelamos veros posiblemente satisfecho, cosa extremadamente difícil en este mundo, en todos vuestros deseos, y a este fin poder Nós mismo, llevar el tributo de nuestra cooperación; y daremos gracias a Dios como un favor especialísimo, por cualquier ocasión que quiera enviarnos en que tengamos posibilidad de secundarla. Es deciros..., pero con ninguna palabra podremos expresar todo lo que nos llena la mente y el corazón en vuestra angusta y piadosa presencia y ante vuestra cálida y alada pala-

bra, aquello que una y otras evocan y representan a nuestro espíritu; la visión asombrosa de todo vuestro grande y nobilísimo pueblo; de toda su magnífica historia.

Precisamente por esto, porque sentíamos que ninguna palabra podría bastar, os hemos dado una respuesta inmediata, que debía y debe deciroslo todo: un abrazo paternal. En vos y con vos hemos querido abrazar todos vuestros afectos más caros, todo vuestro pueblo. Cuando el abrazo acercaba nuestros corazones, hemos sentido que en vuestro corazón real estaba vuestro pueblo, como también estaba en el día no lejano, pues vos habéislo tan vívamente recordado, en el que le ofrecísteis y consagrásteis al Corazón Divino de Jesús con un gesto inmortal de verdadera y verdaderamente soberana caballeridad, digno en todo de la historia y de la hidalguía del pueblo castellano, caballeresco por excelencia.

Diréis a vuestro pueblo que en aquel Divino Corazón, en el cual le habéis puesto vos, lo encontramos y lo encontraremos todos los días en nuestro cotidiano coloquio con el Sacramento; le diréis también que de aquel corazón donde palpita la vida del universo pedimos y pediremos, como también para su Rey y su real familia, toda la gracia y los dones de paz, unidad, prosperidad y gloria.

Si hay allí también pobres, pero siempre queridos hijos nuestros, que no quieren acercarse al Corazón Divino, les diréis que no por esto Nós les excluimos de nuestras plegarias y de nuestras bendiciones, sino que por eso mismo volvemos a ellos con el más vivo sentimiento de piedad paternal nuestro pensamiento y nuestro afecto, como ovejuelas lejanas a las que se volvía el Pastor Divino, suspirando por la unidad del rebaño.

Paz, unidad, prosperidad y gloria, estos dones vendrán todos juntos, como el cortejo de una reina celeste, cuando se verifique la paz de Cristo en el reino de Cristo. Paz, unidad, prosperidad y gloria; ninguno de estos dones—nos lo dice un seguro presagio del corazón—faltará a vuestro pueblo, si, bajo vuestra guía, siguiendo vuestro ejemplo, permanece y continúa siempre por el camino de sus padres, señalado y sembrado con tanto esplendor de ejemplos inimitables; si, renaciendo siempre en los hijos la fe y la piedad de los padres, la Santa Religión, expresión unida y completa del cristianismo.

y todas sus benéficas energías, continúa en las leyes y en la escuela, y por estos caminos únicos y verdaderamente conducentes al fin ejercitará su influjo saludable en la sociedad, la familia y la vida pública y privada, llevándolos a la santidad y la civilización verdadera, en la ciencia, en el arte y la concordia de las mentes y los corazones.

Por estos caminos nos encontraréis siempre prontos a la cooperación, y si es preciso a la ayuda, a Nós y a nuestros venerables hermanos del Episcopado español, gloria de la Iglesia Católica, y con el Episcopado, bajo su guía y disciplina, al Clero secular y regular, que tantas hermosas páginas de caridad, ciencia, apostolado y patriotismo ha escrito.

Y ahora descienda nuestra bendición, como deseáis y pedís, sobre vos, vuestra graciosa Reina, vuestros hijos, amor y esperanza de España, vuestra augusta madre, vuestros magistrados, vuestro valeroso Ejército, todo el pueblo español, toda España. Sobre vos descienda y permanezca siempre.»

BENDICION PAPAL EN TODAS LAS PARROQUIAS

Nuestro Rvdmo. Prelado ha recibido del Ilmo. y Rvdmo. Sr. Obispo Auxiliar del Arzobispado de Burgos (S. P.) la atenta comunicación que copiamos a continuación y que es una prueba dedicadísima más de la acendrada piedad de nuestro Rey y de su providente y religiosa solicitud en favor de sus amados súbditos, al par que una manifestación palmaria de la benevolencia y paternal amor del Vicario de Jesucristo en favor de nuestro pueblo.

Recibamos de hinojos gracia tan singular y elevemos al cielo nuestras preces, a fin de que el Señor conceda larga vida a nuestro amadísimo Monarca, para bien y prosperidad de España, y dilate los años del Santo Padre para mayor gloria de Dios y salvación de las almas.

ARZOBISPADO DE BURGOS (S. P.)

Excmo. Sr.

Tengo el honor de participar a V. E. que del Emmo. Sr. Cardenal Primado se ha recibido el siguiente telegrama:

•CARDENAL BURGOS:—ROMA 22. CONCEDIDA PETICION MONARCA FACULTANDO CUANTOS TENGAN CURA ALMAS PARA DAR FELIGRESES BENDICION APOSTOLICA INDULGENCIA PLENARIA PROXIMA FESTIVIDAD PURISIMA COMUNIQUE URGENTE SUFRAGANEOS ANUNCIO BOLETINES.

Dios guarde a V. E. muchos años. —Burgos 23 de Noviembre de 1923.

† JAIME, Obispo

Excmo. y Rvdmo Sr. Obispo de Osma.

Secretaría de Cámara y Gobierno

BENDICIÓN PAPAL

En virtud de las facultades concedidas por el Derecho Canónico (c.914), nuestro Ilmo. y Rvdmo. Prelado dará solemnemente la Bendición Papal a los fieles el día 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, después de la solemne Misa Conventual, que se celebrará en la Santa Iglesia Catedral.

Su Señoría Ilma. y Rvdma. exhorta encarecidamente a sus amadísimos Diocesanos a recibir esta Apotólica bendición y a ganar la Indulgencia Plenaria que a ella va unida, preparándose para ello con los Santos Sacramentos de Confesión y Comunión.

Burgo de Osma, 27 de Noviembre de 1923.

Dr. Manuel Requejo Pérez.

Maestrescuela Scio.

TABLA

de los sermones que han de predicarse en la Santa Iglesia Catedral en el año eclesiástico de 1923-1924

FESTIVIDADES	Día	Mes	Señores Encargados
Dominica 1. ^a de Adviento	2	Diciembre	Dn. Primitivo Sanz.
Inmaculada Concepción	8	»	M. I. Sr. Magistral.
Dominica 2. ^a de Adviento	9	»	Ilustrísimo Sr. Obispo.
Dominica 3. ^a de Adviento	16	»	M. I. Sr. Arcediano.
Dominica 4. ^a de Adviento	23	»	M. I. Sr. Deán.
Natividad del Señor	25	»	M. I. Sr. Magistral.
Circuncisión del Señor	1	Enero	Ilustrísimo Sr. Obispo.
Epifanía	6	»	M. I. Sr. Sertucha.
Septuagésima	17	Febrero	Sr. Administrador de Cruzada.
Sexagésima	24	»	M. I. Sr. Magistral.
Quincuagésima	2	Marzo	Id.
Miércoles de Ceniza	5	»	M. I. Sr. Sertucha.
Viernes	7	»	M. I. Sr. Gutiérrez.
Dominica 1. ^a de Cuaresma	9	»	Sr. Maestro de Ceremonias.
Viernes	14	»	M. I. Sr. Gutiérrez.
Dominica 2. ^a de Cuaresma	16	»	Sr. Maestro de Ceremonias.
San José	19	»	M. I. Sr. Sertucha.
Viernes	21	»	M. I. Sr. Gutiérrez.
Dominica 3. ^a de Cuaresma	23	»	Sr. Canónigo Archivero.
Viernes	28	»	M. I. Sr. Gutiérrez.

FESTIVIDADES	Día	Mes	Señores Encargados
Dominga 4. ^a de Cuaresma.....	30	Marzo	Sr. Canónico Archivero.
Viernes.....	4	Abril	M. I. Sr. Gutiérrez.
Dominga de Pasión.....	8	»	M. I. Sr. Sertucha.
Domingo de Ramos.....	13	»	M. I. Sr. Magistral.
Jueves Santo-Mandato.....	17	»	Id.
Id.-Institución de la Eucaristía.....	17	»	M. I. Sr. Gutiérrez.
Viernes Santo-Pasión.....	18	»	Dn. Primitivo Sanz.
Pascua de Resurrección.....	20	»	M. I. Sr. Magistral.
Ascensión del Señor.....	29	Mayo	Id.
Pascua de Pentecostés.....	8	Junio	Id.
Santísima Trinidad.....	15	»	Dn. Primitivo Sanz.
Triduo Lucarístico.....	20	»	M. I. Sr. Magistral.
} Viernes.....	21	»	Id.
} Sábado.....	22	»	Id.
} Domingo.....	29	»	Sr. Canónico Archivero.
San Pedro Apóstol.....	25	Julio	Dn. Bartolomé Marina.
San Pedro de Osma.....	2	Agosto	Id.
Asunción de Nuestra Señora.....	15	»	Du. Eluterio Fernández.
Santisimo Rosario.....	5	Octubre	M. I. Sr. Maestrescuela.
Todos los Santos.....	1	Noviembre	Sr. Canónico Archivero.